

LECTURA Y PUEBLOS ORIGINARIOS



Por Elicura Chihuailaf Nabuelpán*/ Foto: Felipe PoGa

Cuando recibí la propuesta de escribir algunas líneas bajo este título para la revista El Paracaídas, para su número presente, se me vino el futuro de la ciudad a la memoria y el recuerdo rural de la infancia que me habita. La manera de hablar, de escribir, que me sugiere la visión de mundo mapuche a la que pertenezco y que me trajo de vuelta a mi lof / comunidad -Kechurewe- hace años ya.

Pero como no me es posible ser un demediado, respondo también atento al diálogo -que es constante- entre la mapuchidad que conozco, en mi diversidad de serlo, y la chilenuidad que tuve que aprender a conocer (y que ya es casi parte mía) y que siempre me sorprende porque es una perspectiva de conexión -que amplía mi mundo- con otras culturas, otras cosmovisiones, a través de un anciano / una anciana, un niño / niña, una joven / un joven llamado: Libro. El libro, una conversación que se fija / que se convierte en cuerpo vivo -casi siempre, me parece- desde lo mejor del espíritu y el corazón de la cultura que la genera.

Nuestras Mayores / nuestros Mayores me están diciendo: suele olvidarse con frecuencia que -en todos los tiempos y

lugares de la Tierra- todos los pueblos / todas las culturas, sin excepción, surgieron desde lo nativo / desde lo indígena / desde lo originario / desde lo aborígen o como quiera nombrarse. Y, desde luego, su primera comunicación fue a través de la gestualidad hasta llegar a la oralidad y a la escritura (es necesario, me digo, recordar que La Ilíada y La Odisea fueron libros recogidos desde la oralidad). Y que, por lo mismo, todos los seres humanos iniciaron su conocimiento valiéndose de la observación que -en la "modernidad" de las culturas occidentales, como se sabe- es considerado el primer eslabón del método científico. Aprendizaje que continúa hoy y continuará -sin duda- mañana, con las generaciones venideras; con todas las transformaciones que los tejidos vivos asumen para no marchitarse y no desaparecer.

Dicho aprendizaje nosotros los mapuche lo ejercemos desde la idea central de nuestra espiritualidad, nuestra Ito Fill Mogen / la totalidad sin exclusión, la integridad sin fragmentación de la vida (de todo lo viviente). Siendo la observación la lectura del entorno y a la vez del infinito, la lectura del gran libro de los Sueños / de la Naturaleza en su dualidad. El libro fundamental para los pueblos que seguimos recordando



El libro, una conversación que se fija / que se convierte en cuerpo vivo -casi siempre, me parece- desde lo mejor del espíritu y el corazón de la cultura que la genera.

nuestro origen como hijos / hijas / brotes nada más de nuestra Madre Tierra que, si aprendemos a escuchar, nos regala su palabra poética y profunda.

¿Qué es la realidad y qué la irrealdad?, nos dicen, mientras nuestras Ancianas / nuestros Ancianos cada mañana nos preguntan: ¿Pewmaymi / Soñaste? ¿Qué soñaste? Sí, porque -como todas las culturas en su principio- los denominados “pueblos originarios” seguimos siendo culturas de los Pewma / de los Sueños. Y nuestra gente -en porcentaje mayoritario- habita aún la oralidad y se asoma poco a poco a un espacio de tránsito hacia la escritura, unos / unas, y de tranquila apropiación de los libros, otras / otros. En la oralitura.

Esta es, me parece, la situación en la que nos encontramos en la actualidad los pueblos nativos frente a la lectura. Nuestro libro fundamental deshojado; vertiginosa e indolentemente depredado. El agua de sus palabras robada en troncos de pinos y eucaliptos y llevadas a los mercados del capitalismo, para enriquecer a unas pocas familias que son cada vez menos, mas adineradas y más feroces. Es necesario recordar, me digo, que los libros son nada más una parte del gran Libro de la Naturaleza. Entonces, ¿nuestros libros serán libros de reivindicación de la Tierra y de sus Sueños o serán libros sólo de añoranza...? ¿Y esa nuestra lectura?



Los denominados “pueblos originarios” seguimos siendo culturas de los Pewma / de los Sueños. Y nuestra gente habita aún la oralidad y se asoma poco a poco a un espacio de tránsito hacia la escritura, unos / unas, y de tranquila apropiación de los libros, otras / otros. En la oralitura.



En fin, me parece quizás apresurado hablar hoy de la lectura y los pueblos nativos sin caer en lo fragmentario. Lo digo porque he visto los textos “interculturales” -en escuelas “interculturales”- arrumbados, cubiertos de polvo, en las estanterías o sobre los escritorios de un sistema escolar nacional que no permite a los docentes -exigidos por el cumplimiento de la planificación oficial- la posibilidad de hacer uso real de esos textos “interculturales” que al final se hacen presentes principalmente en las estadísticas y discursos oficiales.

Observando desde la perspectiva de lo que vivimos ahora, me parece que ni aquí ni en ningún lugar del mundo habrá lectura de libros verdadera para los pueblos originarios si las sociedades nacionales no asumen de una buena vez su identidad / su almidad profunda, para caminar dialogantes la senda de la pluriculturalidad y plurinacionalidad. Si nos remitimos al lugar que habitamos, ello significa que Chile sea capaz de asumir el resplandor de su hermosa morenidad, el resplandor de convertirse en un país de regiones autónomas donde los pueblos nacionales y nativos escriban y lean libros que respiren con la naturalidad de su pensamiento (su habla), su pan cotidiano.